

El bisbiseo parecía provenir del dormitorio de Carolina. Constante, casi imperceptible, se arrastraba como una serpiente por cada rincón de la casa. Ninguna otra noche había llamado la atención de su madre, pero aquella madrugada Raquel no era capaz de conciliar el sueño. Se había desvelado sin motivo y, mientras daba vueltas sobre el colchón buscando la clemencia de Morfeo, había percibido en el silencio de la penumbra aquel inquietante sonido.

Se puso en pie tratando de evitar que el trastorno perjudicara a su marido y avanzó por el escurrido pasillo de su recién estrenada vivienda. Sus retinas, acostumbradas después de tanto tiempo sin dormir a la oscuridad, percibían entre las sombras las formas de quicios de puertas, lámparas o alcayatas en las paredes que una vez sostuvieron cuadros. El piso era antiguo; demasiado para su gusto. Hubiese preferido algo más moderno y cálido, pero Rubén se había empeñado en comprar aquel por su ubicación en el centro histórico de la ciudad, aunque hubiese que gastar un dineral más en arreglarlo. Llevaban apenas una semana instalados y aún quedaba una gran cantidad de trabajo por hacer. Quizá fuese aquello lo que la quitaba el sueño.

Sus pies descalzos sintieron la frigidez de la crepitante madera, que sin duda habría que cambiar también. Y luego estaban aquellas paredes empapeladas, a las que tanta manía había cogido y por las que peleaba cada día para que las pintaran de una vez. Las intuyó mientras avanzaba, sin un átomo de luz, igual que si las estuviese iluminando un sol radiante. Y se maldijo en su interior por haber accedido de nuevo a los deseos de Rubén. Aparte del frío, del olor a humedad y de las incomodidades de una casa que pedía a gritos una restauración completa, ahora aparecían esos extraños susurros que no lograba sacarse de los oídos.

El dormitorio de su hija estaba emplazado al último cuarto del corredor, contiguo a la cocina. Por la hendidura inferior de su puerta ahora cerrada, traspasaba una luz azulada, tenue pero perceptible, entre la apabullante negrura del inmueble. A medida que Raquel se aproximaba, el sonido se acrecentaba y tomaba aparentemente la forma de una voz humana cuchicheante. Se detuvo frente al picaporte y lo bajó con delicadeza tratando de no hacer demasiado ruido. La puerta chirrió levemente a causa del óxido de sus bisagras y ante los ojos de su madre, Carolina dormía profundamente en su cama pegada contra la pared del fondo. La persiana permitía el paso de cierta claridad proveniente del exterior, pero no había ninguna otra luz encendida. Lo único que podía alterar el silencio de aquella estancia era el sonido constante del ventilador de aquel ordenador que la joven mantenía permanentemente encendido y cuya pantalla era el único elemento que descansaba cuando ella no estaba sentada enfrente. Por lo demás, el extraño sonido que Raquel llevaba percibiendo desde hacía tiempo se había esfumado. Así que cerró nuevamente la puerta con cuidado y la encajó. Permaneció quieta un instante, buscando con su atención el susurro por si la conducía a otra parte; pero se dio cuenta de que éste, fuera lo que fuese, había desaparecido. Giró

entonces en dirección a su dormitorio, rezando en silencio por conciliar rápidamente el sueño y no tener que arrepentirse cuando el despertador sonase a las seis y media de la mañana. A sus espaldas, en aquel momento, un chasquido violento abrió con brusquedad la puerta de la habitación de su hija. Del interior de ésta salió corriendo una figura espigada, vestida con un camión blanco, cuya mano derecha alzada asía unas tijeras de gran tamaño. Raquel se volvió sofocando un grito, y Carolina se abalanzó sobre ella hundiendo el frío metal en uno de sus ojos.

Andrea Diago colocó la cámara digital sobre un soporte atornillado a la pared y comprobó que el encuadre recogiese la mayor parte del dormitorio. A su lado, Fermín Villena, socio y colaborador, ajustaba otro soporte donde colocarían una segunda cámara que recogiese los ángulos que la primera no cubría. Ambos subsistían decentemente investigando hechos insólitos, financiados por una revista de difusión nacional, que luego convertían en historias publicadas en forma de novelas. En el umbral, pendiente de todo, el periodista Luis Bermejo curioseaba a través de los finos cristales de sus gafas cada movimiento que aquella pareja realizaba.

– Así que piensas pasar aquí la noche tú sola. – Repitió Bermejo como si la idea le pareciese una locura.

– La semana que viene vendrán a llevarse todo lo que la familia Fabra dejó. Es la última oportunidad que tenemos si es que hay algo que descubrir. – Explicó Andrea, que conjugaba los términos juventud y templanza con suma maestría, mientras recogía su melena castaña en una coleta.

– Ya, pero quedarte sola...

Andrea cruzó una mirada cómplice con Fermín y se acercó al periodista.

– ¿Te han contado la historia de este lugar?

Él negó con la cabeza; cruzó los brazos y se apoyó en el marco de la puerta.

– Verás, Luis. Hace dos años, una familia compró esta casa a los herederos de los ancianos que vivían en ella. Una semana después de mudarse, el hijo mayor los asesinó y después se lanzó al vacío desde la terraza. La familia Fabra compró el piso hace un mes. Una semana después de trasladarse, Carolina, la hija adolescente, asesinó a sus padres y luego se suicidó. Ambos asesinos dormían en esta habitación. Y ambos se cargaron al resto de habitantes de la casa. Como comprenderás, no pienso correr el riesgo de que alguien muera. Así que me quedo yo sola.

Bermejo sonrió. Sus incisivos montaban sobre el labio inferior en un gesto que recordaba al de un conejo.

– Son chorradas. – Espetó.

Los investigadores volvieron a cruzar sus miradas. Seguían sin entender por qué el director de la revista había enviado a aquel tipo con ellos.

Todo estaba preparado a las nueve de la noche. Fermín, consultando unos apuntes de su libreta, se acercó hacia el ordenador y lo puso en marcha.

– Acuérdate. – Dijo mientras la torre iniciaba su proceso –. Deja la pantalla apagada. Es como la tenían ellos. La persiana un poco levantada y toda la habitación a oscuras. Y procura dormir. Yo estaré en el coche. Si tienes miedo o pasa cualquier cosa, un toque al móvil y subo.

Andrea asintió con un gesto. En realidad, el miedo era algo con lo que había aprendido a convivir. Su socio salió del dormitorio y cerró la puerta. Ella se quedó allí, en pie en el centro de la alcoba, donde habían dormido aquellos adolescentes enloquecidos.

Media hora después apagó la luz y se tumbó sobre el colchón, con su abrigo cubriéndola a modo de sábana. En la oscuridad era en donde la imaginación creaba las peores pesadillas. Y, en aquella casa, resultaba idónea la existencia de espíritus alterados por sus muertes violentas. Así que trató de serenarse y de cerrar los ojos; y se prometió que, oyera lo que oyera, no los abriría. Por suerte, ningún sonido la alteró, más que el monótono bufido del ventilador de aquel ordenador funcionando sin descanso. Así que pronto sucumbió a un sueño profundo.

En aquel sueño caminaba por el angosto corredor de esa misma casa; lo iluminaba la luz de la calle que se filtraba por las ventanas de las estancias, situadas en fila en uno de los laterales del mismo. Cruzaba por delante de cuadros pintados a mano, con carboncillo, posiblemente por algún aficionado. El rostro de Jesucristo, el paisaje de un río cruzando entre montañas... Llegaba sin prisa, con extraño sosiego, a la entrada del salón enmarcada con madera blanca. En su interior, al amparo de una vieja estufa, una anciana de cabello gris recogido en un moño frotaba sus manos temblorosas. Se trataba de una mujer pequeña, con los dedos deformados por artrosis, vestida de riguroso luto sobre un sillón de terciopelo. Se encorbaba sobre sus propias manos, de piel arrugada y fina como la de su rostro. Andrea la observó en silencio. Ella levantó la vista. Sus ojos poseían una cándida mirada celeste, de ligero estrabismo, con la que estudió a la joven. Luego bajó la vista y comenzó a murmurar. Su cabeza vibraba livianamente mientras sus diminutos y arrugados labios rezaban en un tono casi inapreciable. Después, Andrea fue testigo de cómo un fino manantial amarillento resbalaba por la pierna hinchada de la anciana hasta llegar a la alfombra de dibujos granates, dejando sobre ésta una mancha oscura. La mujer levantó nuevamente la cabeza. Su mirada continuaba expresando dulzura, y ahora una sonrisa inocente embellecía su marchito rostro.

– ¿Quieres matarme? – Su voz sonó quebrada; un tanto distorsionada y grave, como si proviniese de un instrumento de cuerdas desgastadas y maltratadas por el tiempo.

Andrea se sorprendió. Incluso sintió un intrépido escalofrío.

– Has venido a matar a esta pobre vieja, ¿verdad? –Continuó la anciana sin borrar la sonrisa.

– Yo no... – Trató de justificarse inútilmente ella.

– Tienes que matar a tu familia, hija. Mátalos. Y luego pide perdón a Dios expiando tu culpa... Mata a tu familia y libérate. Mata a tu familia y libérate... – Repetía la anciana entre risas, y sus ojos perdían candidez y destellaban locura.

Andrea retrocedió unos pasos. Su corazón galopaba. Algo le imploraba que saliera corriendo de allí. Miró entonces hacia su izquierda, al fondo del interminable pasillo, y descubrió a la vieja sentada en una anticuada silla de ruedas, con sus manos temblorosas unidas sobre el regazo, mirándola fijamente. Sus labios se movían murmurando aquella horrible sentencia mientras la silla comenzaba a avanzar hacia la joven produciendo un desagradable chirrido. Andrea corrió en dirección a la entrada, sin volver su cabeza hacia atrás. Dobló hacia la izquierda al final del pasillo y accedió a un recibidor. Allí trató de abrir la puerta, que no se resistió demasiado, mientras sentía la presencia de la anciana aproximándose a gran velocidad a sus espaldas. Salió al descansillo y comenzó a descender por las empinadas escaleras de madera barnizada dispuestas en dos tramos entre pisos. Bajó lo más rápido que sus pies la permitieron, incluso saltando grupos de escalones. Sabía que la anciana bajaba detrás, a cierta distancia, pero con premura. Hasta que, finalmente, llegó al vestíbulo, donde una puerta metálica la separaba de la libertad. Giró el pomo y saltó a la calle, alumbrada en mitad de la noche por las amarillentas luces de las farolas. Los coches dormían en ambas aceras dejando un estrecho tramo de asfalto entre ellos. Andrea se alejó de allí y se ocultó entre dos vehículos, acucillada. Instantes después se asomó alzando la cabeza por encima de la luna trasera de uno de ellos. La amenaza había desaparecido. Por fin se sentía a salvo.

El sonido del despertador de su teléfono móvil la sacó de aquella pesadilla. Eran las nueve de la mañana y la luz penetraba en la habitación con una blancura plomiza. Mientras se desperezaba sentada en el borde de la cama, la puerta se abrió. Fermín la observó desde el pasillo y, mostrando cierta alegría por haber sobrevivido a la noche, la dio los buenos días.

Andrea accionó el dvd y se apoyó en la mesa cerca de la pantalla. El apartamento de Fermín no era mal lugar de trabajo a falta de una oficina en condiciones que hasta el momento no se podían permitir. Éste había montado las grabaciones de las dos cámaras en pocas horas mientras su socia se molestaba en buscar información sobre los primeros propietarios de aquella vivienda maldita. Ahora se encontraban los dos juntos, a punto de visionar las imágenes. Fermín se recostó en el respaldo de su silla de trabajo con los brazos cruzados sobre su satisfactoria barriga.

– ¿Se te ha dado bien la investigación?

La joven parecía vivir aún en el interior de su pesadilla.

– Los primeros propietarios vivieron allí desde que se casaron en mil novecientos cuarenta y seis hasta que fallecieron con noventa y tantos años. Sin embargo, ninguno de ellos era la persona que se me apareció en el sueño. He estado hablando con la hija del matrimonio, y me ha enseñado la foto de su abuela.

– ¿Era ella la que te perseguía?

Andrea, con la vista clavada en la pantalla mientras se veían ya las primeras imágenes, respondió afirmativamente.

– La cuidaron hasta sus últimos días. Tenía demencia senil. Creía que sus hijos y sus nietos querían asesinarla. – Explicó a su socio y éste observó cómo la piel de su antebrazo se erizaba.

– ¿Crees que hay alguna relación entre los crímenes y esa señora...?

No pudo terminar la pregunta. Andrea llamó su atención hacia la pantalla con un gesto. En el dormitorio, se la veía a ella tumbada en el colchón. Nada variaba con respecto a como había empezado la noche; sin embargo, el monitor del ordenador se había encendido. Un sonido susurrante salía a través del televisor, siseando con imprecisión. Andrea aumentó el volumen para tratar de entender algo. Aquel monitor mostraba una imagen en tonos sepia y el dormitorio quedaba envuelto en aquella cacofonía.

– Parece una voz humana. – Comentó Fermín –. Alza el volumen al máximo.

Andrea obedeció y el indicador del volumen del televisor completó su barra azul. Se escuchaba un incómodo zumbido. Amparado por él, algo semejante a una voz pronunciaba palabras que no lograban discernir. Ella prestaba atención casi con la oreja pegada al altavoz, con la mirada perdida en un punto de la sala.

– Es imposible. Deberíamos tratar el audio y eliminar los ruidos... –Propuso él. Pero Andrea negó con la cabeza y se retiró del altavoz.

– No es necesario.

– ¿Has entendido algo? – Preguntó incrédulo Fermín, abriendo exageradamente sus ojos.

– Mata a tu familia y libérate. – Pronunció casi en un susurro Andrea –. Lo repite una y otra vez.

– Un mensaje repetido en baja frecuencia. Es eso. Como la publicidad subliminal. – Conjeturó iluminado por aquella idea.

– ¿A qué te refieres?

– El mismo mensaje se emite a un volumen muy bajo, pero que alcanza el umbral mínimo de la audición de una persona. Conscientemente eres incapaz de percibirlo, pero como llega a ese umbral, tu subconsciente lo capta perfectamente. Por eso aquellos chicos asesinaron a su familia. Cada noche ese mensaje se repetía martilleando su subconsciente...

Fermín miró fijamente a la pantalla y se centró en la imagen del monitor del ordenador. Allí, delante del fondo sepia, la figura de una anciana sentada en una silla de ruedas se apreciaba claramente. Miraba hacia la cama, donde dormía profundamente Andrea. Sus manos temblaban sobre su regazo y parecía esbozar una cándida sonrisa. Pero su mirada infundía terror. Un terror que calaba hasta los huesos.